

IDENTIDAD: PERTENENCIA Y PARTICIPACION

Samuel Schkolnik
Santiago del Estero - Argentina

"Cuanto más cosas conoce el Espíritu, más se conoce a sí mismo".

SPINOZA

I

R Nunca como ahora el problema de la *identidad* ha preocupado a tanta gente. Suceden tantas cosas y se sabe de ellas tan rápidamente, que los marcos de referencia de cada cual se hallan en permanente alteración; no es extraño, entonces, que desde el antropólogo hasta el almacenero todo el mundo se pregunte quién es quién.

Pero si hay un lugar donde la desorientación es general, es la Argentina. Aquí, por imperio de circunstancias en que sería ocioso abundar, nadie es el que debe ser.

Al abrigo —a la rigurosa intemperie— de esas circunstancias, nacieron las reflexiones que ahora transcribo; confío, empero, en que no se reduzcan a una descripción cifrada de su desdichado origen, en que valgan para todo tiempo y lugar y en que —sobre todo— le sirvan a alguien (como me sirvieron a mí), si no para resolver el problema de la identidad, al menos para plantearlo claramente, esto es, en términos que tornen *posible* una respuesta.

II

La identidad se adquiere de dos modos: por *pertenencia* o por *participación*.

El primer modo radica en la sencilla operación por la que se afirma que un individuo dado es elemento de un cierto conjunto. Así, cuando se dice que Juan García pertenece al conjunto de los albañiles, o al de los uruguayos, se enuncia un rasgo constitutivo de Juan García, esto es, de su identidad. La totalidad de esos rasgos —la identidad completa de Juan García— queda determinada por el *producto lógico* de los conjuntos a que pertenece.

Se advertirá sin duda que es de este modo y no de otro como se identifica un *objeto*; conocer una cosa no es sino poder decir a qué clase de cosas

pertenece. Pero la identidad de las personas, ¿no difiere de la de los objetos? La percepción que cada quien tiene de sí, ¿puede ser reducida al acto de ser clasificada una cosa?

La reserva que esas preguntas trasuntan no impide constatar que hay al menos un terreno en el que la identidad procede según la lógica de los objetos: el terreno social, vale decir aquel en el que la identificación de las personas aparece como premisa necesaria de la vida colectiva.

En efecto, aunque la sociedad no resulta de un acuerdo celebrado entre individuos preexistentes, en un sentido puede afirmarse que el individuo es condición de la sociedad: no está en su poder constituirla pero sí disolverla. Los comportamientos asociales son su permanente posibilidad, de la que la prueba más notoria es la existencia de cárceles y manicomios. El individuo es por eso el *límite* de lo social, el elemento más allá del cual se desencadena la *disociación*. Basta para ello que el individuo humano se aparte del lugar que la sociedad ha reservado para él y se interne en regiones sobre las que aquélla carece de poder. Toda sociedad existe amenazada, y no —ni siquiera principalmente— por otras sociedades, sino por la materia misma que la constituye y en la que siempre late la posibilidad de la disgregación. Los recursos de que la sociedad se vale contra ese peligro interior conforman su columna vertebral, el elemento de solidez que le permite sostenerse en estado de sociedad. Examinar esos recursos es aproximarse a la esencia de las sociedades humanas.

Hemos mencionado las cárceles y los manicomios; se trata de recursos extremos cuya frecuencia de uso es relativamente baja, pero que tienen la virtud de ilustrar sobre la índole de los recursos más frecuentes, aquellos que no forman la excepción sino la regla, y que por lo mismo pasan desapercibidos en su condición de “recursos”, revistiendo por lo contrario la apariencia espontánea y trivial propia de las cosas cotidianas.

Consideremos, sin ir más lejos, cómo cada cual llega a ser el que es. Independientemente del modo en que cada individuo se percibe, la sociedad necesita saber a qué atenerse respecto de todos y cada uno: conocer su nombre y apellido, su filiación, su ocupación y lugar de residencia. Es una necesidad perentoria, sin cuya satisfacción no hay orden social. No se puede establecer ningún sistema de obligaciones y derechos si no se establece firmemente quién es quién. La identificación de las personas es un procedimiento primario de la sociedad, por el que se defiende contra el desorden que la disuelve; no en vano suele ser función del Ministerio de Defensa. Lo que el individuo es, en principio, consta en su documento de identidad, ese como certificado de existencia que la sociedad expide, y cuyo requerimiento, por la policía, es el acto identificatorio por antonomasia.

Pero si para conservar el buen orden de las cosas es necesario establecer quién es quién, ¿es suficiente para establecerlo el modelo nombrado con la palabra “pertenencia”?

Se advertirá sin duda que los rasgos visibles de un individuo son infinitos, y que los conjuntos de los que en consecuencia puede señalárselo como miembro también lo son. Ante ese hecho, se revela que son relativamente pocos los que la sociedad utiliza para su identificación. Y no me refiero ahora a los tenidos en cuenta por los organismos oficiales, de los que las sociedades han prescindido hasta hace poco y de los que algunas todavía prescinden. Me refiero a los modos “espontáneos” de clasificar, a aquellos que surgen de las relaciones que los hombres contraen en la vida diaria. Esos modos permiten identificar a cada individuo con escaso margen de error y sin demasiado esfuerzo.

En efecto, de hecho no se consideran *todos* los rasgos de cada individuo sino aquellos que permiten señalar su pertenencia a los conjuntos que la sociedad estima significativos. (Dicho sea de paso: las variaciones de este universo del discurso humano dibujan el preciso perfil de cada sociedad). Tal cosa introduce un factor de economía de enorme magnitud, al restringir drásticamente el número de posibilidades en juego.

No por ello crece el riesgo de una identificación errónea: considérese que no hay dos individuos que pertenezcan exactamente a los mismos conjuntos, de modo que el producto lógico que define a cada cual es por fuerza diferente. Ese producto es él mismo un conjunto, sólo que un conjunto *unimembre*: en ello radica la eficacia de este procedimiento identificatorio. La adscripción de cada cual a clases deliberadamente concebidas para designar a uno y excluir a los demás —las definidas por un número o una fotografía— apenas si es capaz de reforzar esa eficacia.

III

Nadie, empero, sentirá que su ser se agota en los datos de su prontuario. El sentimiento que cada cual tiene de sí los rebasa infinitamente. ¿De dónde procede ese sentimiento?

Sin duda, el escueto informe de la cédula de identidad omite incontables rasgos que su portador siente como propios, y que siente como propios en un grado mayor que algunos de los que esa cédula registra. A Juan García le importa mucho más su condición de, digamos, abogado, que el número de su libreta de enrolamiento. Le va más en ello; muchos de sus rasgos “personales” dependen de aquella condición, mientras que muy pocos o ninguno de ese número. Sin embargo esos rasgos, en los que Juan García se percibiría

descripto más adecuadamente, no son menos *objetivos* que los tomados en cuenta por el Gabinete de Identificaciones. Ejercer una profesión, tener un determinado nivel de ingresos, un cierto ámbito de relaciones laborales y personales, ser socio de tal o cual club, poseer ciertos hábitos de consumo, residir en determinada zona de la ciudad, tener tales o cuales ideas sobre la naturaleza de las cosas y de la sociedad, profesar, en fin un cierto estilo de vida, son atributos de Juan García tan materialmente reales como sus huellas digitales o su fotografía. La identidad del individuo, lo que le distingue de todos los demás —aun ante sus propios ojos—, es establecido por la sociedad a partir de propiedades exteriormente visibles; la diferencia entre una identificación débil —como la que resulta de un pasaporte o de una solicitud de crédito— y otra fuerte —como aquella en la que el individuo se reconoce a sí mismo de buen grado—, es una diferencia de número pero no de naturaleza.

Con todo, la identidad no se cumple sin ese acto de reconocimiento: es necesario que cada cual asuma el personaje que se le ha asignado, es decir, que esté dispuesto seriamente a desempeñar su papel en el gran teatro del mundo. Tal vez el proceso que se llama “socialización” no tenga otro fin que el de asegurar esa coincidencia de cada cual con su máscara.

Habitualmente ese proceso es exitoso; ocurre entonces que el personaje impuesto a cada uno deja de parecer un personaje para revestir las apariencias de la realidad; así es como el almacenero llega a desempeñarse como almacenero: con naturalidad.

A veces, empero, ese proceso fracasa: el individuo no puede —o no quiere— salvar la distancia que le separa de su personaje; éste, entonces, se revela como lo que es: mero disfraz. El individuo saltará de la escena, o, si se aviene a permanecer en ella, se desempeñará de modo poco convincente: como un mal actor.

Ahora bien, parece que hoy tales fracasos han llegado a ser la norma, y si hay una región de nuestro universo cultural signada por el malestar, es ésta en que afinan las fuentes de la identidad.

IV

Llamo identidad por *participación* a la que se adquiere a través de un acto que iguala a todos los que lo ejecutan.

Sea por ejemplo, el de captar la verdad de que tres más dos equivale a la raíz cuadrada de veinticinco. Se advertirá que ese acto es el mismo sea quien fuere su ejecutante, de modo que éste, en lo que atañe a tal acto, es también

uno y el mismo no obstante las infinitas marcas diferenciales que en otros respectos pueda exhibir.

Ahora bien, hay muchas experiencias que, aunque pertenecientes a órdenes muy diversos del ejemplo dado, tienen en común con éste lo que en el lenguaje de los filósofos podríamos llamar *absorción del sujeto en el objeto*. Malebranche decía que un hombre que se contrajera a contemplar el sol se reduciría al puro sentimiento de la luz; así, toda experiencia intensamente vivida convierte a su actor en la resonancia de lo vivido. Si convenimos en llamar *mundo* a “lo vivido”, podemos decir que los sujetos de esas experiencias se reducen a uno en tanto participan del mundo.

A poco que se reflexione, se notará que la identidad adquirida por participación es exactamente lo contrario de la adquirida por pertenencia. Mientras ésta destaca un perfil individual, aquélla lo borra; mientras ésta procede de una determinación exterior y supone la pasividad del individuo, aquélla emana de una espontánea actividad. ¿Por qué usar una misma palabra para expresar conceptos antagónicos?

Pues porque ese antagonismo es inherente a la condición humana, y la equivocidad del vocablo “identidad” no hace sino reflejarlo.

En efecto, cada uno de nosotros es, por una parte, una cosa entre las cosas, a la que cabe referirse mediante cualquier sistema de coordenadas de “identificación”; por otra parte, todos y cada uno podemos esfumarnos de entre las mallas de esos sistemas con sólo darnos a escuchar la Quinta Sinfonía de Beethoven, esto es, con sólo entregarnos a la *ejecución* del gesto original del que ella brotó alguna vez. Ese gesto, por el que Juan García se “identifica” con Ludwig v. Beethoven, no es diferente de aquel por el que Beethoven llegó a ser sí mismo, es decir, del acto de dar forma a un modo de ser del mundo presente en principio ante cualquiera, y del que el nombre “Beethoven” es nada más que un cómodo emblema. Digo “La Quinta Sinfonía”, pero podría decir igualmente un enorme dolor o una gran alegría: cada vez que la vida asciende a sus extremos —lo que no es para nada frecuente en el orden cotidiano— alguien fatalmente llega a ser lo que en el fondo son todos los demás.

El equívoco encerrado entonces en la palabra “identidad” no es de ninguna manera accidental: nuestra índole de seres gregarios nos compromete con procedimientos clasificatorios tendientes a marcar a cada cual con caracteres indelebles a los fines del mejor ordenamiento del hormiguero que formamos; nuestra condición de seres abiertos a la infinitud nos arranca de ese alveolo prefabricado para llevarnos a comulgar con todos en el inagotable cuerpo del mundo.

Adviértase la paradoja: la *pertenencia*, que hace de cada cual una entidad única, de identidad inconfundible, al propio tiempo nos iguala como por achatamiento; sólo diferimos por nuestra posición respecto de algunos ejes taxonómicos. Pero la *participación*, que empieza por igualarnos al desdibujar nuestra individualidad objetiva, termina por destacar nuestra diferencia a propósito de cualquier materialidad inerte: todos somos Pitágoras, nadie es meramente Juan García.

V

La señalada crisis de identidad de nuestro tiempo, el problema con que iniciamos estas reflexiones, puede ser planteado ahora en términos precisos. A mi juicio se trata de lo siguiente: mientras la pertenencia, como resorte de la identidad, ha perdido fuerza, no la ha ganado el de la participación, que es el que está llamado a reemplazarlo si la sociedad ha de ser una conjunción de hombres y no un agregado de termitas.

En efecto, el debilitamiento de la identidad por pertenencia no es sino un corolario de la acelerada transformación que las sociedades viven desde hace dos siglos, en la que los vínculos tradicionales que unían a los hombres han tendido a cortarse uno tras otro. A esa decadencia del espíritu “tribal” ha seguido una proliferación de entidades por completo artificiales, que van desde los estados nacionales pasando por los partidos políticos hasta los clubes de fútbol, y cuyo sentido no es otro que el de ofrecer a los individuos alternativas de pertenencia capaces de reemplazar las formas desaparecidas. Tan perentorio es poseer una identidad, que para alcanzarla se llega hasta lo que la niega del modo más rotundo: la guerra (es decir la muerte) —premisa de todo estado nacional—, o la desaparición en el anonimato de una multitud vociferante —que no otra cosa le pasa al “hincha” de Boca Juniors.

En resumidas cuentas, acontece que la extinción de la identidad por pertenencia, en lugar de haber permitido emerger a la superficie el rostro humano de la existencia individual, su verdadero rostro, el que la aúna con todas las que participan de esas empresas comunes que son la Verdad y la Belleza, ha sucedido, digo, que se ha embretado esa existencia en moldes rígidos a los que no cabe más que, obligatoriamente, *pertenecer*. De modo que lo que debería poder celebrarse como una hazaña de la libertad, termina por parecerse —cuando no por ser redondamente— una tragedia de la opresión.

Pero la pertenencia artificialmente procurada no puede ser sino precaria. Un astrónomo polaco tiene mucho más en común con un astrónomo danés que con el burócrata —también polaco— cuyos dictámenes acata. A éste le

une un vínculo no buscado sino sobrevenido —venido “de arriba”—; a aquél lo liga la voluntad de saber, el hecho —infinitamente más sólido— de que, tras el telescopio, de cara al inconmensurable Universo, los dos son el *mismo*. Tarde o temprano esta solidez prevalecerá sobre aquella precariedad, pero mientras tanto vivimos en el sentimiento de esta última; de ahí que, hoy por hoy, nadie esté muy seguro de quién es.

VI

Releo estas páginas y me doy cuenta de que suenan harto ingenuas. ¿Qué hacen sino anunciar algo así como la futura victoria del Espíritu sobre la Materia? Y si eso hacen, ¿sobre qué base puede fundarse tanto optimismo?

No estoy esquivo de que estén en cuestión asuntos que tan alto suenan como los de Espíritu y Materia. Sí lo estoy, en cambio, de que de lo que se trata es de ganar espacio para la existencia individual; y no porque profese alguna variedad del individualismo, sino justamente por una convicción contraria: la de que esa existencia, librada a sí misma, por virtud de su propia textura, es una *región de encuentro*.

En lo que atañe al “optimismo”, creo que algo de eso hay, pero también creo que no se trata de una mera manifestación de deseos, sino de la constatación de un hecho: nuestra civilización depende —y dependerá cada vez en mayor medida— del conocimiento; si no acontece una catástrofe mundial (posibilidad siempre latente), cada vez habrá un mayor número de hombres en situación de identificarse entre sí por participación en las mismas verdades.

Entre tanto, importa no preocuparse de si tal o cuál rótulo que nos endilgan nos viene bien o mal, o de cual sea “el” significado de ese rótulo. Conozco a más de uno que malgasta sus horas averiguando en qué consiste la “hondureñidad”, o cuáles son “las” claves de la identidad judía; lo mejor es no pertenecer a nada, y si de buscar una identidad se trata, ahí están las ecuaciones de Maxwell o el rumor sigiloso del otoño tras de la ventana.